

Consejero de Cultura, Alcaldesa, directora del Instituto Andaluz de Flamenco, autoridades...

Quiero agradecer al Ayuntamiento y a la Delegación de Cultura que me haya distinguido con la posibilidad de ofrecer la lectura del manifiesto para celebrar el aniversario de la declaración del flamenco por la UNESCO como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, porque me coloca a la altura de personas a las que tanto admiro, aunque a la vez he de admitir que este honor también supone una enorme responsabilidad, que por momentos me ha perseguido los últimos días. Muchas gracias de corazón, en cualquier caso.

¿Qué es el flamenco? Es la pregunta de partida que traté de responder con la serie ‘Flamenco Abierto’, que emitió Onda Jerez gracias a la colaboración de un auténtico equipazo de profesionales, hace ya casi 20 años, y de las que he ofrecido las imágenes que acaban de ver con la aportación de grandes artistas y mejores personas. Para responder, empezaría por sus ingredientes: cante, baile, guitarra, palmas, jaleos... ¿Y el duende? ¿qué demonios es el duende? Dicen que aparece cuando uno menos lo espera y que se trata, sencillamente, de la diferencia entre hacer las cosas muy bien o hacerlas con tanto sentimiento y tanto gusto preñado de emoción que es imposible resistirse. El cante, el baile y el toque pueden ser buenos y pueden llevar una carga de profundidad, pueden estar bien ejecutados y pueden transmitir además vivencias hacia el receptor. Porque lo cierto es que el duende nunca confirma su asistencia, lo que engrandece aún más al flamenco, cuya única escuela consiste, como dijo Camarón de la Isla, hombre de pocas palabras, en transmitir, o no

transmitir.

En esta maravillosa ciudad lo tenemos muy claro porque el flamenco y Jerez no se entienden por separado. Pero el flamenco es mucho más. Muchos son los que han tratado de descifrarlo con precisión, pero no deja de ser una tarea subjetiva, puesto que su raíz reside en las vivencias que los artistas han compartido desde que echaran los dientes, en las fiestas de los patios, en los dichos y las bodas gitanas. Lo cierto es que cuando observamos a nuestros artistas cantando con todos los músculos de sus rostros y sus cuellos y sus manos desencajadas, pellizcándose hasta el alma en busca de un soplo de aire y de inspiración en su pelea con el cante, llegas a la convicción de que estás ante algo casi milagroso. Y nuestra nómina de artistas no sólo es la más rica, también es incomparable porque sobre todo aquí el cante se ofrece de manera natural y distinta desde sus dos troncos de Santiago y San Miguel, cada barrio con su armonía y su sello inconfundibles, hasta llegar al mundo entero. El primero, con sus bulerías más cortas y alegres si se quiere, el segundo más punzante, como bien expresara en su día Vicente Soto.

Los patios eran antaño un hervidero y el único canal de transmisión oral para el flamenco de un modo hereditario y casi ritual entre las familias.

¿Pero cómo y por qué en Jerez este manantial flamenco? Este sí que es un misterio casi insondable. Antes de que Tío Luis el de la Juliana fuese todo un profesional del cante en el XVIII, el flamenco se expresó furtivo, del campo a la casa y de aquí apenas salía del núcleo familiar. Luego pasó a los mesones y las ventas, a los salones y los cafés cantantes, a mediados del XIX, donde se saboreó con mucho aguardiente antes de pasar a los teatros y los festivales, ya en pleno siglo XX. No

hace falta explicar por qué Lorca bautizó a esta ciudad como la de los gitanos porque sus puertas han estado abiertas a todos ellos. Muchos gitanos encontraron aquí la faena que les proporcionaba el sustento para sus familias huyendo de las leyes más represivas aprobadas desde las más altas instancias del poder, y al calor de unos gobernantes menos implicados en su persecución. Quizá esta sea la principal razón por la que dos siglos después uno de cada cuatro jerezanos tiene algún lazo de sangre gitana, y de ahí que hoy el gitano y el gachó usen las mismas camisas.

Jerez, qué duda cabe, no sólo es la cuna del cante, es mucho más que la referencia cuando se habla de flamenco, es un caso de manual de integración de la etnia gitana desde tiempo inmemorial. Pero más allá de su arte, la auténtica revelación para el visitante llega al comprobar que los jerezanos y en general los andaluces no conocen distinción por el matiz de la piel. Algunos, cegados por el sectarismo, no quieren entenderlo, pero sólo cabe aplicarle la célebre sentencia de Bermúdez, que, como me relataba un día Juan Salido, cada vez que se discutía sobre el fundamentalismo más absurdo, la vieja cantinela entre el cante gitano o payo, decía: “Un momento, porque donde hay un Torre hay un Chacón, aunque yo tenga el corazón tan negro como Kunta Kinte”.

Sin los intérpretes que compartieron la edad de oro del cante, con la Paquera, Terremoto, Agujetas, Sordera, Tío Borrico, Fosforito, Camarón, La Perla y un sinfín de artistas irrepetibles por bandera, hoy no se festejaría por el gran público el flamenco en cantidades industriales. Sin esa inagotable fuente de las grandes familias cantaoras que siguieron la estela de la tradición creadora, sin ese cante nacido de la marginación, hoy no se disfrutaría de nuestros artistas, también los más jóvenes,

triunfando en el mundo entero. En cierto modo, todos mamaron de aquellos imprescindibles que se criaron entre el ninguneo y el pasotismo, viviendo en sus carnes las largas esperas en la cocina esperando a que le invitaran los señoritos a cantar en una fiesta, a las tantas.

Hablamos de los fundadores, de los abuelos de Manuel Torre, Mojama, Isabelita de Jerez, el Gloria y Antonio Chacón, aquellos flamencos, la mayoría gitanos, que vivieron lo que significaba dedicarse al arte jondo en un tiempo mucho más difícil, privados de las oportunidades de las que otros sí disfrutaban. Son los hijos de una época oscura que llegó hasta la niñez de la generación de La Paquera, que en su día me confesó que su cante nació para el cante del hambre y la posguerra, en una sociedad bastante menos inclusiva que la actual y, antes al contrario, mucho más cargada de prejuicios. Hoy, por fortuna, la sociedad ha cambiado mucho y para bien, pero los primeros creadores del arte jondo, sus fundadores sí que plasmaron en su arte la conciencia por su origen. Con su manera de expresarse dieron paso a un cante que nacía de lo más profundo del ser. El cante flamenco es distinto, de hecho, porque, como el *rythm and blues* popular afroamericano, no se fabrica en ningún laboratorio ni en ningún estudio. El flamenco nace de una expresión popular y de una pasión y una energía únicas que le aportan frescura y sentimiento. Es lo que se proyecta cuando se canta sin reservas y se transmite de padres a hijos, de ahí que muchos aficionados lo primero que buscan en el flamenco es su atención al origen. A aquellos más marginados les debemos todo y por ellos hoy hemos de pensar a lo grande.

Genios como Mercé, Camarón, Agujetas, Paquera, Farruco, Sara Baras,

Morente, Grilo, El Pipa, Gerardo Núñez, Manolo Sanlúcar o Cepero y Paco de Lucía o muchos otros luego han sido los encargados de trasladar el arte jondo a millones de personas por todo el mundo, alguno de ellos pagando un alto precio, porque, según los más rancios, vendieron parte de su alma al diablo. Es la misma cantinela de siempre. También se criticó a Whitney Houston en su día por acercarse al pop con su voz negra. Resulta casi inevitable. Recuerdo que cuando José Mercé demostró que el flamenco no conocía sus auténticos límites con el disco 'Del Amanecer' y sus pilas alcalinas, muchos inmovilistas criticaron al artista jerezano porque entendían que hacía muchas concesiones a la galería en detrimento de la pureza.

No hay que hacer mucho caso, como tampoco a los indocumentados que lo menosprecian ahora como un mero tópico, porque estos artistas más rompedores han exportado mucho más que flamenco, algo así como una manera de sentir, que se comparte por igual de norte a sur y de este a oeste, a poco que tengas los sentidos despiertos. Lo importante es que gracias especialmente a ellos, los que no se conformaron únicamente con recorrer los caminos ya trillados por sus predecesores y llegaron mucho más lejos, los últimos 30 años han supuesto una auténtica revolución para el flamenco, que de los cuartos oscuros, las peñas y los festivales ha dado un salto cualitativo, cuantitativo y definitivo hasta situarse en el mejor de los escenarios compitiendo en igualdad de condiciones con cualquier disciplina artística.

Vaya por delante que ha sido el baile el auténtico motor de la revolución jonda, el artífice que ha propiciado su universalización. De ahí que en el último rincón del planeta hoy haya una academia de baile flamenco. En esos debates absurdos, acerca de la pureza y el sexo de los ángeles, nos encanta perdernos, pero este manifiesto no

va de eso. Lo que tenemos que pensar es cómo dignificar la memoria de nuestros artistas en Jerez y en toda Andalucía y a la vez sacarle todo el partido hasta engrandecer lo que otros crearon para honrar tanto arte. Podemos ponernos manos a la obra o podemos hacer como hemos hecho por ejemplo con el atún, esto es, dejar que sean otros los que generen la industria y engorden su facturación gracias a nuestra materia prima.

El Instituto de la Empresa Familiar celebró en el Teatro Villamarta en 2013 su tradicional Congreso Nacional, en presencia de más de 450 empresarios familiares españoles, así como numerosos representantes de la empresa familiar de Francia, Reino Unido, Italia y el Golfo Pérsico. En mitad de la crisis más dura que se recuerda, cuando los medios nacionales se referían a esta ciudad como la pequeña Grecia española, los indicadores económicos estaban a la altura de nuestros ánimos, entonces por los suelos. Y bien consciente de nuestra depresión, el presidente de la compañía de cosméticos y perfumes Estée Lauder hizo un paréntesis para referirse a nuestro increíble potencial tratando de trasladarnos un poco de ilusión y subirnos la autoestima. Para explicarse con meridiana claridad, preguntó a la concurrida audiencia si alguien había visto alguna vez a una mujer china de unos 40 ó 50 años con arrugas en el rostro, ¿verdad que no?, preguntó en voz alta. Y entre sonrisas, el público le dio la razón. “Pues nosotros -continuó- hemos logrado convencer a millones de mujeres chinas y del mundo entero, a base de ingenio y constancia, de que necesitan nuestras cremas anti arrugas para parecer más bellas. Ustedes, en cambio, añadió, tienen productos genuinos y auténticos para exportar y obtener riqueza, que no necesitan adornos para venderse, al contrario que nuestras cremas.

Son el vino, los caballos y, sobre todo, el flamenco”. Como anfitriones, durante el congreso, ejercieron las bodegas González Byass y Osborne, por lo que dicho empresario había sido testigo del poderío de nuestros tesoros en primera persona. Es más, propuso que el congreso se celebrase todos los años en Jerez, a partir de entonces. Y lo que no terminaba de entender, según comentó, es cómo era posible que, contando con tantísimas posibilidades, nuestra ciudad no supiera sacarle partido.

Yo creo que en realidad no lo hacemos porque, teniendo delante de nuestras narices toda una industria por florecer, nunca hemos terminado de creérselo, o mejor dicho, de creérlo para bien, y me refiero en particular y como es obvio al arte jondo, fundamentalmente. No le hemos dado la importancia debida en ningún caso, aunque parece que se van dando paso en este sentido. Algunas regiones del mundo pueden presumir, como nosotros, de contar con los mejores vinos del universo, tan buenos como los nuestros. y lo mismo ocurre con otro de nuestros símbolos, el caballo, también un icono en otras regiones del mundo. Pero lo que nadie puede discutir es que Jerez es por antonomasia la ciudad de los gitanos, que es lo mismo que decir la cuna del cante, el baile y la música flamenca, al igual que el resto de Andalucía por definición. Y, sin embargo, en esta ciudad ni de lejos hemos sabido sacarle todo partido en cuanto a visitantes y riqueza que sí hemos logrado obtener con nuestras bodegas y el caballo. Y me atrevería a asegurar que en el resto de la comunidad, tampoco.

Les podría aburrir con abundantes escritos que acreditan nuestra inimitable leyenda flamenca, desde Lorca a los mejores artistas jerezanos de la palabra y la poesía como son Caballero Bonald y Ríos Ruiz, entre otros muchos, que también dan

cuenta de ello, pero ni esto pretende ser un pregón -no esperen ripios ni nada parecido- ni tampoco sentar cátedra. Bastaría con recordar que el flamenco se expresa en nuestro territorio como un don divino, fruto de una constelación cósmica que se pierde en el tiempo, tan mágica, que solo nosotros podemos desperdiciar dicho regalo, como aquellos artistas que se echan a perder porque no se cuidan y desperdician el arte innato que les ha brindado la vida para sobrecoger al público.

Hoy en día, algunos de nuestros mejores artistas ofrecen lo mejor de su repertorio en Japón y multitud de localizaciones en el exterior. No se trata de una novedad, lo llevan haciendo décadas (los artistas lo consideran algo así como la mili), aunque ahora por cierto a unas tarifas y cachés más discretos que hace 20 años, porque cada vez es más grande la oferta. Allí en Japón la industria flamenca es todo un ejemplo de hacer bien las cosas, existen docenas de academias, tablaos y teatros que ofrecen espectáculos diarios, muchos de ellos subvencionados por el propia Administración nipona, que valora, sobre todo, la formación, de ahí que incentive a los maestros del baile a la hora de llevar a sus alumnos a los escenarios. Y no crean que se conforman con cualquier cosa, son tan guardianes de la tradición que el flamenco que allí se cultiva con tanto mimo es fiel reflejo de nuestra memoria. Hasta tal punto, que son capaces de ejecutar pasos y tercios que aquí apenas recordamos. En cambio nuestro Estado, tradicionalmente, apenas se preocupa por el arte por el que más se nos reconoce en el mundo entero, y para ello sólo hay que repasar la insuficiente cantidad de dinero que destina históricamente a nuestra programación flamenca, empezando por el Festival de Jerez. En Tokio, donde además puedes elegir entre una variedad de tiendas para comprar desde un mantón a unos botines, puedes



disfrutar del mejor flamenco a todas horas, muy al contrario de lo que ocurre aquí, donde todos hemos puesto en infinidad de ocasiones la misma cara de circunstancias cuando alguien nos pregunta que dónde pueden ver un buen espectáculo de flamenco. ¿Alguien se puede imaginar que las bodegas o la Real Escuela cerraran 6 meses al año? Pues en el terreno del arte jondo, ignoramos a un público muy aficionado que busca experiencias nuevas e inolvidables, dispuesto a pagar un fin de semana mágico al precio que sea, que se vuelve de vacío y frustrado.

Se pueden contar con los dedos de una mano los tímidos intentos por ofrecer algo digno y exclusivo para el visitante, nada que ver con el denostado flamenco edulcorado para guiris, pero la mayoría de veces se fracasó en el pasado por razones varias. Una de las más importantes es que es muy difícil cobrar por ver un espectáculo flamenco si a la vez te dedicas a ofrecerlo gratis a lo largo del año desde la administración, malbaratándolo, de ahí que muchos negocios fracasen, víctimas de la ausencia de sentido común.

Lo curioso es que en realidad sabemos hacerlo mucho mejor, pero es como si la falta de pragmatismo y de altura de miras nos impidiera verlo. Cuando hemos permitido a los que saben situarse al frente de las decisiones, hemos hecho cosas maravillosas. El Festival de Jerez es el mejor ejemplo de lo que hablo. Es el escaparate mundial más prestigioso del panorama jondo y hace más de 20 años que encontró la fórmula redonda para ser rentable dentro y fuera de nuestras fronteras. Hoy por hoy es la referencia para el público y los artistas. Y quienes nos visitan, la mayoría discípulos del flamenco que vienen a empaparse en todos los sentidos, lo consideran un esfuerzo muy bien invertido que va mucho más allá del ocio. De vuelta

a casa, los cursillistas se llevan un diploma y la foto con artistas de la talla de Mercedes Ruiz o Joaquín Grilo o Israel Galván o quienes ellos elijan, que les acredita para dar clases en su país de origen al haber aprendido con los mejores maestros. El círculo es tan virtuoso que la inmensa mayoría repite un año y otro, de ahí que la formación sea la piedra angular de la muestra del Villamarta. Su prestigio ha superado tantas cotas, que hoy no hay artista que se precie que no ponga de su parte para estrenar aquí sus espectáculos.

Poco a poco, en paralelo, alrededor del Festival ha emergido un off festival cada vez más sólido durante 16 días donde la ciudad ofrece casi todo su potencial. Decía Paco de Lucía que copiar es de sabios e imitar, de mediocres. Y la receta de nuestro festival ya la han copiado en las latitudes más o menos cercanas donde ofrecen talleres, clases magistrales, actividades para niños, exposiciones y, por supuesto, espectáculos de bandera, también en estos momentos, alrededor del día que hoy celebramos. Pero si nos pudiésemos olvidar del Festival, el resto del año, a excepción de la Navidad, cada vez más enriquecedora gracias a la zambomba, aquí en Jerez el patrón de nuestra oferta cultural flamenca por desgracia se diluye como un azucarillo en el café. Las peñas sobreviven a duras penas y ni siquiera con la Fiesta de la Bulería se acaba de dar con la tecla, después de más de medio siglo, por no hablar de la debacle de los Viernes Flamenco. La iniciativa privada apenas asoma la cabeza en este terreno. Casi nunca está, ni se le espera. Y no es un problema de hoy. Llevamos lustros dando bandazos por la ausencia de un criterio sólido y capaz, y quizá si prestásemos atención a los gustos del consumidor y del aficionado en particular, que busca todo tipo de emociones más allá de sentarse en una silla a

escuchar cante durante 6 horas ininterrumpidas, avanzaríamos algo.

Las comparaciones son odiosas, pero ésta además duele. Sólo Salzburgo, la ciudad natal de Mozart ofrece unas 4.500 actividades culturales al año. A ellos sí que les importa la cultura porque saben lo que les puede proporcionar. Y el espectro va desde los más relevantes como los festivales hasta programas para niños y danza, pasando por el Jazz. No es de extrañar pues, que Salzburgo se llame a sí mismo “El escenario del mundo”. ¿A qué pueden adivinar de qué viven principalmente muchos de sus habitantes? ¿Y no podría ser Jerez el escenario más flamenco del mundo?

Nosotros no necesitamos llegar tan lejos en el corto plazo, pero para honrar a los que ya no están sería más que suficiente con empezar por lucir los barrios donde nacieron nuestros artistas, que llevan años a merced de la decadencia en no pocas calles y patios de vecinos. Hoy da miedo pasear por Santiago y alrededores a ciertas horas de la tarde-noche, y también La Plazuela requiere cuidados intensivos. Bastaría, para empezar, con rehabilitar algunas de sus fincas más emblemáticas con convenios entre las distintas administraciones públicas y la privada y encalar sus calles y colgarles unas macetas de geranios, y se podría crear una ruta flamenca entre Santiago y San Miguel con placas conmemorativas que ilustraran dónde han nacido nuestros ídolos. Pero no placas al uso, cuadros informativos que siguieran un itinerario de categoría con los hitos más importantes de su trayectoria y un enlace gracias al móvil que conecte al visitante con toda nuestra oferta cultural y de ocio. Hemos de darnos prisa porque el pronóstico más grave, como ya conocen, lo presenta el corazón de nuestra ciudad. En la actualidad apenas cinco mil jerezanos habitan en el interior del casco antiguo y sólo desde una ambiciosa propuesta se puede recuperar

su esplendor. Los centros históricos dicen mucho de los habitantes de cualquier ciudad, y el nuestro no habla lo que se dice muy bien de nosotros.

No se me ocurre mejor elemento dinamizador que el propio flamenco para llenar de vida el centro histórico, de la mano de una planificación integral que resucite sus ruinosas fincas. La Ciudad del Flamenco, ahora bautizada como el Museo del Flamenco de Andalucía, se ha de alzar como el motor de desarrollo de un casco antiguo que no encuentra su pulso hace años. Si los bilbaínos encontraron en el Guggenheim su palanca de cambio hacia el futuro, este enclave en la plaza Belén Benavente puede ser la última oportunidad para devolverle al centro ni más ni menos que la vida, antes de que la decadencia vaya a más y contagie a arterias principales de la ciudad que cada vez están más cerca del eje que transita desde la calle Lealás hasta la plaza del Arenal, sin olvidar otras calles principales y plazas emblemáticas de intramuros que cayeron en el olvido hace demasiado tiempo.

Lejos de poner reparos a su presupuesto, una vez más me gustaría insistir en que hay que apostar por el Museo del Flamenco de Andalucía con ambición y altura de miras. Y quiero aprovechar la suerte de contar con la presencia de las autoridades que nos acompañan, porque esto no se trata de ninguna encerrona, para invitarles a ello. La Administración en la actualidad está realizando un esfuerzo y por fin parece que vamos en serio. Pero nunca entendí cómo fuimos capaces de tirar por la borda el proyecto ganador de Herzog y De Meuron de la Ciudad del Flamenco, que ganaron un concurso internacional donde se dieron cita los mejores arquitectos del mundo. Hemos perdido casi 15 años por la falta de consenso que en su día nos llevó a renunciar a un estudio que sólo con su prestigio habría garantizado un retorno

espectacular. Así que no perdamos un minuto más. Para hacernos una idea, en 2013, sólo 15 años después de su inauguración, el Guggenheim ya había generado 3.173 millones de euros, 37 veces más que el costo de su construcción, 84 millones de euros. Allí en Bilbao da igual quién exponga, la gente cuando acude a la capital vasca lo único que tiene claro es que tiene que pasar por un museo que supuso un antes y un después tras el declive de su industria y sus astilleros. Nadie en Bilbao discutió el precio, ni la temática, un museo de arte contemporáneo en Bilbao. Todos sumaron. Su casco antiguo había sido enterrado por una tremenda riada y ellos querían lo mejor. No se lo pensaron dos veces y los primeros que se pusieron a la obra fueron los propios vecinos.

Nosotros empezamos a tirar piedras contra nuestro propio tejado y hasta que no dejamos el proyecto original en el ostracismo, como el mismo casco antiguo, desde San Mateo a la Catedral, no nos quedamos tranquilos. A los pocos valientes que pensaban en instalarse en el casco antiguo mientras era sacudido por la huida masiva de sus habitantes, para colmo, la administración sólo sabía ponerle trabas administrativas que han terminado por colocar un enorme cartel flotante a lo largo y ancho de su perímetro en el que se puede leer: se vende y se alquila. Hemos de aprender de todo ello. Porque la cultura no sólo ha demostrado su poder transformador en Bilbao o Salzburgo. Aquí mismo, en Málaga, los resultados de su apuesta decidida por el espíritu de las artes saltan a la vista, colocándola a la vanguardia de todo el país.

Yo entiendo que hoy estamos todos aquí para rendirle un sentido homenaje al Flamenco con mayúsculas. Y por eso apelo a mis anteriores palabras, a la posibilidad

de crecer gracias a un arte tan nuestro como genuino que todavía no hemos sabido documentar para ofrecerlo al gran público como merece: los 365 días del año. Preparando el manifiesto me vinieron a la memoria artistas irrepetibles como Fernandito Terremoto y Manuel Moneo que todos los años, en agosto, me pedían una entrevista principalmente para reivindicar su figura porque se habían quedado fuera del cartel de La Bulería. Muchos los criticaban por lo bajini, pero había que entenderlos. Hasta hoy mismo no pocos fenómenos del cante, la guitarra y el baile se tienen que ir muy lejos para llenar la nevera porque aquí no sabemos cómo articular una oferta rentable en todas las vertientes, desde la creativa hasta la formativa, dándoles la oportunidad que merecen. Es obvio que hay mejor fórmula para, desde el trabajo y el talento, programar en Jerez mucho más flamenco del que existe en la actualidad y para todas las edades. Y lo más curioso es que, mientras nos decidimos, muchos festivales que triunfan por el mundo se alimentan de nuestros propios artistas. Si fuésemos tan ágiles para impulsar nuestra industria cultural local como a la hora de exportarlos no nos reconocería nadie.

Basta por ejemplo el Día Mundial del Flamenco que hoy celebramos con una programación que debería ser aún más poderosa para proyectarnos al exterior. Y con ello lo que intento decir es que podemos llegar adonde nos propongamos. Sé que el momento de la tesorería de la Administración no puede ser más comprometido, pero también estoy seguro de que cualquier inversión ligada al flamenco con cierto criterio, será amortizada con creces. Se trata de apostar. Si nos conformamos con cumplir un trámite dejaremos pasar de largo la oportunidad de convertirnos en pilar fundamental. Tenemos los mejores mimbres y una atmósfera única, sólo falta

presentarlo como merece y sin dejar de pensar en las metas más altas. Durante su discurso de aceptación del Premio Príncipe de Asturias, en 2011, Leonard Cohen llegó a confesar que todo lo que hay de bueno en sus canciones y en la poesía está inspirado por esta tierra y por el flamenco en particular. Algunas de sus canciones están repletas de guiños y patrones musicales que han bebido del flamenco. Y como el cantautor canadiense hay muchos otros que sienten plena admiración por nuestro arte flamenco. Artistas a los que podríamos invitar a leer este manifiesto o a participar de nuestra cultura más exclusiva en cualquier ámbito para que nos den la mayor proyección posible. Artistas como Alejandro Sanz o Serrat, cualquiera que se les ocurra, garantizan cualquier inversión, y estoy seguro que todos guardan en su memoria algún cordón umbilical con nuestro arte jondo. Lo que quiero subrayar, con ello, es que Jerez tiene la marca suficiente para poder atraer a nuestra tierra a los mejores siempre que se trate de una causa tan noble, lo mismo un día como el actual que en cualquier otra época del año, bajo fórmulas bien planteadas y estrategias conjuntas. Como dijo recientemente María Pagés, y me recordaba nuestro delegado de Cultura, Paco Camas, el flamenco ha de ser reconocido como el arte que mejor representa a nuestro país en el exterior, y por ello merece ser tratado con respeto y reconocimiento especial, que aún no tiene porque arrastra consigo una serie de prejuicios que hemos de desterrar entre todos. Muchos ven en el flamenco, sobre todo en el jerezano, esa idea de improvisación y pellizco, y es verdad que hay una cierta resistencia a verlo de otra manera porque, como dice la genial bailaora, existe cierta resistencia a reconocer que no sólo es inspiración y arte y magia, sino que además es trabajo intelectual y de investigación, como demuestran nuestros jóvenes como los

Lagos, Jesús Méndez, Londo, Melchora, Mercedes Ruiz, Santiago Lara, David Carpio, María del Mar Moreno y tantos otros fenómenos que se han preocupado y se preocupan por llevarlo a lo más alto.

Este país, nuestra comunidad y también el Ayuntamiento han de seguir el camino señalado y animarse a contemplar este arte, en definitiva, como una fuente de riqueza con las ideas mucho más claras, sin estar sujetos a los vaivenes de la política ni a las críticas de los que aún lo consideran un arte menor, de lo contrario nunca tendremos una cultura poderosa.

En el homenaje a los 60 años de Cepero en el Villamarta, la bailaora Mariquilla relató el día en que el rector le ofreció una cátedra en 1982, apadrinada por Bonald. Desde entonces no ha parado de ofrecer conferencias por medio mundo. Empezó con 150 alumnos que pagaban hasta 70.000 pesetas de la época. Y entre sus discípulos están La Yerbabuena, Rocío Molina y Rafael Amargo, puntales cada uno a su manera del baile en la actualidad. Nosotros también tenemos maestros y maestras del baile que han esculpido la talla de artistas también de primerísima fila, que tendrían muchísimo que aportar con su experiencia. Por todo ello, no existe inversión más rentable que la dedicada a la formación y la divulgación, porque éste es el camino correcto. Tenemos que celebrar que por fin la Universidad haya podido ofrecer el primer máster reglado de flamenco. Supondrá un punto de inflexión. Y el siguiente paso tendrá que ser el doctorado, para garantizar en el futuro la investigación y la divulgación y por supuesto para poderlo documentar.

Ha sido a partir de que el flamenco ha pisado con fuerza los mejores teatros del Planeta -y aquí sí que hay que reconocer en serio el esfuerzo y el apoyo del Instituto



Andaluz del Flamenco en los últimos años- cuando se ha pensado en serio en valorar la posibilidad de generar una industria cultural a su alrededor, capaz de enriquecer a su entorno. Pues bien, dejemos de pensar en ello y hagámoslo entre todos posible. Como dijo Moraíto, si el flamenco fuese americano, sería como la coca-cola. Pero hoy seguimos conformándonos con que Jerez alimente a la mayoría de festivales del mundo que fabrican el flamenco en serie. A partir del año 2013, el primer año en que se celebró el Día Mundial del Flamenco, parece que al fin las administraciones están gestando algo tan importante como será el Museo tan deseado. El proyecto ha logrado involucrar a la Junta y no podemos dejar escapar este tren, sumando más iniciativas, porque siempre tendrá tiempo de ir a más.

Al margen de ofrecer una programación de lujo, dicho museo ha de estar pensado para propiciar un nuevo modelo de crecimiento económico de lujo ligado a la cultura, el turismo y el ocio si no queremos condenarlo al fracaso. Saboreemos en paralelo a esta inversión todo lo positivo que sucede a nuestro alrededor. Hoy son muchos los coliseos que cuentan con el flamenco como el plato fuerte de su programación y se venden más discos y libros que nunca. Muchos artistas que no vendieron en su día más que un puñado de copias hoy son seguidos y admirados gracias a las nuevas tecnologías. Sernita, El Gloria, Manuel Torre, Chacón, El Chaqueta, La Repompa, Vallejo... nunca soñaron en vida que hoy concitarían tanta admiración gracias a las nuevas tecnologías y a su memoria recuperada. Por fortuna parece que también los tiempos han cambiado en Jerez y la sociedad ha evolucionado. Nunca hubo tanta afición en las academias de baile. La cantera continúa siendo la envidia de todos porque nacen artistas por generación espontánea,

lo que nos puede llevar de una vez por todas a visualizar el flamenco también como negocio. Se lo debemos a esas familias cantaoras de los Sordera, los Moneo, Los de la Morena, los Zambos, jerezanos por los cuatro costados emparentados con los Carrasco, los Vargas, los Carpio, los Agujetas, banda sonora de nuestras vidas, grandes de Jerez. Nacidos bajo el manto del cante gitano-andaluz que se germinó en la baja Andalucía hace más de dos siglos con una temática bien conocida, las cárceles, el miedo, la marginación, la salud y la libertad, el propio latir de la vida de entonces y que perdura con toda su hondura y su dolor.

No le den muchas más vueltas porque el flamenco no tiene explicación. Es una filosofía de vida por la que unos se dejan llevar y otros pasan de largo. No admite medias tintas. Si perteneces a él, lo compruebas de inmediato sin que nadie te lo diga, sobre todo de noche, su gran marco, con la luna siempre como testigo.

(Vídeo)

Al igual que el jerez encontró en la campiña las condiciones perfectas para lanzar al mundo los mejores caldos, el flamenco creció en esta tierra con todo su fulgor. Sabores: sabor a albariza y a tierra fresca, a los garbanzos y el pan de pueblo. Olores, olor intenso a humedad y a miseria pura. Fatigas, eran las fatigas. Va por ellos.